

REVISTA DE HISTORIA**Director-Propietario:****DR. JOSÉ PERAZA DE AYALA R. VALLABRIGA**

Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia

Tomo VII.	La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)	Año XIII.
-----------	--	-----------

**ESTADO ACTUAL DE LAS INVESTIGACIONES
PREHISTÓRICAS SOBRE CANARIAS****Memoria acerca de los estudios realizados en 1938
en "El Museo Canario" por el Profesor
Dr. José Pérez de Barradas**

Llega a nuestras manos gentilmente ofrecido por El Museo Canario, de Las Palmas, un folleto publicación de esta gloriosa entidad ya sexagenaria. Su autor, el arqueólogo madrileño Dr. José Pérez de Barradas, bien conocido y reputado entre los conocedores de la prehistoria española, discípulo destacado de Obermaier, el sabio austriaco que a los problemas de la arqueología primitiva de la Península Hispánica, ha consagrado los frutos más sazonados de su talento y los mejores años de su vida.

Tal autor y tal título no podían menos que producir inusitado interés en cualquier lector conocedor del pasado de las islas y de los estudios a él consagrados. El trabajo, en efecto, no desmerece ni podía desmerecer de la firma que lo avala y como veremos es fecundo en puntos de vista poco o nada sospechados de los conocedores locales. Pero no seríamos sinceros si disimulásemos la primera impresión, penosa, que produce al hojearlo. Su pobreza material se hace más sensible al recordar aquella revista "El Museo Canario" que vio la luz de 1933 a 1936, y cuya añoranza será difícil borrar del ánimo de los amantes de las Islas y de la ciencia, si somos tan desgraciados que no podamos acariciarla de nuevo entre los dedos tal como era cuando al extinguirse parecía prometer una vida tan duradera como fecunda. Esta pobreza de la publicación que nos ocupa nos ha sido explicada por el ilustrado secretario de la entidad publicadora Sr. Jiménez Sánchez y deriva de innegables dificultades materiales de diversos órdenes. Aún así no deja de resultar lamentable, porque, aparte el aspecto simplemente estético a que nos referíamos princi-

palmente, repercute también en el valor científico del trabajo que en parte resulta estéril al carecer de toda ilustración en materia que la exige y de primera calidad. Hace ya muchísimos años, tantos casi como cuenta la benemérita sociedad canaria, que el Dr. Chil se lamentaba de la imposibilidad de hacer un estudio digno de los materiales cerámicos que ya atesoraba El Museo Canario recién fundado por falta de medios de reproducción gráfica adecuados, muy explicable en aquella época. Transcurrido más de medio siglo, siquiera sea transitoriamente, volvemos a la misma situación. Es seguro que El Museo salvará esta omisión no inadvertida, en cuanto sus medios se lo permitan.

Dejando ya estas circunstancias de forma, entremos a examinar como merece el trabajo de Pérez de Barradas. Como explica el A. se trata de un estudio rápido y superficial hecho como resultado de una permanencia accidental en Las Palmas en 1938. Su interés estriba, no en la aportación de datos nuevos, ni siquiera en la inventariación minuciosa de los ya adquiridos, sino en la visión de lo más granado de estos a través de la técnica de un arqueólogo profesional que saca de ellos sugerencias y aspectos que no podía prever el ajeno a tal técnica científica. Aun en este mismo terreno es de lamentar el carácter accidental del trabajo pues más largamente madurado, es seguro que la competencia del A. habría permitido deducir conclusiones más precisas y por tanto más inmediatamente útiles que no ahora. No digamos ya si la permanencia y los medios materiales de que dispusiera le hubiesen permitido dirigir algunas prospecciones y excavaciones metódicas que es lo que más falta hace a la arqueología canaria. El A. después de una rápida ojeada a los errores de método en que se ha incurrido habitualmente entre los investigadores canarios, señaladamente la confusión en un sólo tipo cultural de todos los hallazgos, sin plantearse siquiera la posibilidad de diversos tipos sucesivos, pasa a recapitular el estado de la investigación en los diversos aspectos de raza, manifestaciones de cultura material, cerámica, piedra tallada y pulimentada, tejidos, pieles, cuevas de habitación, casas, etc., intercaladas con el estudio, siempre sumario, de aspectos culturales de orden más espiritual (ídolos y con ellos tipo de creencias sobrenaturales, pintaderas y adornos, inscripciones, enterramientos, datos etnológicos en general). Sigue un apartado sobre Cronología y migraciones y termina con una copiosa Bibliografía que no ocupa menos de 12 apretadas páginas.

Como se comprenderá el examen detenido de un trabajo de esta naturaleza nos obligaría a plantear todos los temas tocantes a los aborígenes canarios, cosa de que nos hemos de guardar. Sólo aludiremos a ciertos aspectos que de momento nos han llamado la atención. Si bien es verdad que no se ha intentado clasificar cronológicamente o de otro modo los hallazgos casi siempre casuales acumulados en nuestros museos; el mismo A. reconoce que por este mismo carácter dispar no dan hasta ahora base para ninguna sistematización seria. Bastante ha sido que en estos últimos tiempos se haya prestado atención a la señaladísima diferencia según las diversas islas, casi ignorada por los iniciadores de los aludidos museos en los cuales son hoy innúmeros los objetos simplemente

clasificados como "guanches" en el sentido impreciso que este término tomó en el pasado siglo en la pluma de los historiadores románticos, felices de hallar un nombre propio con que designar a la nación indígena, para ellos única, objeto de su sentimental admiración. Y por cierto que hemos de lamentar que el A. recaiga en semejante impropiedad, cuando con Wolfel y otros ya se había conseguido restablecer el uso genuino de dar a los aborígenes de cada isla el nombre con que los designaron los antiguos viajeros y conquistadores, reservando, por tanto, el de guanches a los de Tenerife. A esta voz dió ya otro sentido particular Verneau, el primer erudito que se consagró a los estudios canarios; él la aplicó a un determinado tipo racial más o menos presente en todas las islas, pero particularmente en la de Tenerife. En todo caso suena a falso esa denominación en el sentido lato que lamentamos cuando nos habituamos a leer la historia canaria en sus fuentes originales en lugar de arreglos tardíos.

En el problema racial, el A. reconoce la subsistencia de las conclusiones generales establecidas por Verneau, si bien con la salvedad propia de los actuales métodos científicos: una mayor reserva en establecer relaciones entre tipos que nos aparecen en áreas tan alejadas como los Cro-Magnon de Francia y nuestros guanches. El estudio de los restos de la cultura material, realizado por el A. en las ricas colecciones de El Museo Canario, es la parte central y de máximo interés del sucinto estudio que comentamos. La cerámica sobre todo es objeto de cuidadosa clasificación por especies y formas, desgraciadamente inutilizable hasta que se acompañe ilustración. Por ello dejaremos para mejor ocasión su comentario y sólo diremos algo de las apreciaciones del A. en cuanto a la cultura moral de los primitivos isleños, materia en la que no choca con aquella limitación. Del todo coincidimos con sus juicios en lo tocante a la existencia de una cultura matriarcal en Canarias (pág. 17). Aun añadiremos que también para Gran Canaria, contra el parecer del A., los cronistas dejan traslucir instituciones matriarcales por ellos no comprendidas y por eso mal explicadas. ¿Cómo hay que interpretar sinó los complicados parentescos de los Guanartemes, que gobiernan siempre en nombre de una sobrina o prima?: "de voluntad de la prima se puso por faican de Gáldar un tío della hermano de madre que llamaron Guanache Semidan"; "este Guanarteme (de Telde) ahijado del Rey y tenía como tutor lo que pertenecía a la sobrina". "no sesaba Dn. Fernando de amonestarles que se diesen, y entregassen a su Señora..." Creo que es un vano intento del cronista para dar una explicación europea de una institución canaria. También debe verse una institución integrante de este tipo de culturas (que llamamos matriarcales, con o sin propiedad), la de los colegios de Harimaguadas, que hallan su paralelo en otros cuadros de vida primitiva análogos.

Interesante es también la conclusión a que llega el A. en cuanto a las inscripciones. Contra la tradicional explicación que las atribuye a accidentales visitas de extranjeros, no vacila en acoger el punto de vista que G. Marcy expone en un trabajo que no hemos podido ver todavía: es-

tán en lengua "guanche" y en un alfabeto africano conocido y por tanto "se leen y se comprenden". Así serían debidas a los propios habitantes de las islas, siquiera fuesen de generaciones muy anteriores a las que sufrieron la conquista. Es inútil ponderar el interés de estas afirmaciones de Marcy.

El máximo esfuerzo para extraer conclusiones de su estudio lo hace el A. en el apartado final que titula "Cronología y migraciones". Son en extremo interesantes sus hipótesis sobre la época de llegada de los diversos elementos constitutivos de la población canaria. Pero toda prudencia será poca en el camino de formar bloques de elementos culturales que se postulan inseparables. Así el A. no puede menos de chocar con la ausencia de agricultura en las dos islas más occidentales, donde precisamente tenemos informes contrarios al supuesto monoteísmo anejo a la ganadería. Y en cuanto a los jefes que las crónicas suponen reyes es más que probable una deformación de los hechos por cronistas que no concebían otra organización política. Obsérvese que el veneciano Ca da Mosto se muestra mucho menos concluyente y que sus palabras nos sugieren la idea del clan social antes que la del principado político. Finalmente la Bibliografía que cierra el trabajo ha sido redactada con más preocupación de la cantidad que la calidad, lo cual deslucé su real importancia, que se ciñe a los títulos estrictamente necesarios; que son los menos, pero algunos de gran interés como el aludido trabajo de Marcy y varios artículos de viejas revistas insulares hoy rarísimas.

En conclusión, el trabajo de Pérez de Barradas es de tal interés que no podrá prescindirse de él cuando se quiera tratar científicamente sobre nuestros aborígenes, y solamente cabe lamentar que su brevedad y pobreza defrauden en parte las esperanzas que se conciben al abrirlo. Es éste, en realidad, el único agravio que contra él sentimos.

E. SERRA